

blica, habia pensado en formar profesores, haciendo que asistiesen hombres que tuviesen ya alguna instruccion á las clases de sábios célebres que no tuviesen mas que mostrarles los mejores métodos de enseñar. Mil y quinientos individuos fueron enviados á París con este objeto, escogidos en todos los departamentos, pero solo del modo con que se podia escoger en aquel tiempo: algunos apenas eran dignos de gobernar una escuela de educacion primaria; otros iguales por lo menos á sus maestros por la edad y por la reputacion. Mr. de Lacepede se hallaba en aquellos bancos con Mr. de Bougainville, septuagenario oficial general de mar y tierra, escritor y geómetra igualmente famoso; con el gramático Waylly, no mas jóven, y que habia cuarenta años que pasaba como autor clásico, con nuestro sabio cólega Mr. Fourier. Mr. de La Place, con lo que se dice todo, se presentó al principio allí como discípulo; y al lado de semejantes hombres se sentaban lugareños que apenas sabian escribir correctamente. En fin, para completar la idea que debe formarse de esta reunion heterogénea, el arte de enseñar debia esplicarse allí por hombres muy célebres sin duda, pero que jamás lo habian practicado: tales como Volney, Berthollet y Bernardino de Saint Pierre. Sin embargo, ¿quién lo creeria? esta concepcion infame produjo un gran bien, pero muy diferente del que se esperaba. Los hombres ilustrados, á quienes el terror habia dispersado y aislado, se volvieron á encontrar; formaron una masa respetable, y se atrevieron á espresar sus sentimientos, muy opuestos á los que dirigian á la multitud y á sus gefes. Los que de ellos se habian ocultado en las provincias eran acogidos como hombres que se hubiesen salvado de un naufragio: la consideracion y el agasajo los recibian, y Mr. de Lacepede, ademas de su parte en el interés comun, tenia la que se le de-

bia, como sabio distinguido, como escritor hábil, y como amigo y familiar de cuanto habia de mas ilustre y respetable en el régimen anterior.

Desde que hizo su dimision, dejó de ser legalmente miembro del establecimiento del Jardin Botánico, y no fué comprendido en la organizacion que se le habia dado durante su ausencia; pero apenas le fué permitido decir su nombre sin ponerse en peligro, se apresuraron sus compañeros á que volviese á él. Al intento se creó una nueva cátedra destinada á la esplicacion de los reptiles y de los peces, de modo que se vie-e obligado á hacer un estudio especial del que tanto tiempo antes habia escogido por inclinacion. Sus lecciones fueron muy aplaudidas, y á ellas corria con avidez una numerosa juventud que durante tres ó cuatro años habia estado privada de toda instruccion, y de la que se encontraba, en cierto modo, hambrienta. La cortesania del profesor, la elegancia de su lenguaje, la variedad de ideas y de conocimientos que esponia, todo, despues de aquel intervalo de barbarie, que tan largo habia parecido, recordaba otro siglo diferente, por decirlo así. Entonces fué mas particularmente, cuando en la opinion pública ocupó el puesto de verdadero sucesor de Buffon; en efecto, en el se han encontrado igualmente los mas distinguidos modales; manifestaba la misma habilidad para dar interés á los mas áridos pormenores; y ademas, en aquella época en que Daubenton tocaba al fin de su carrera, Mr. de Lacepede era el único que quedaba de aquella grande asociacion que habia trabajado en los progresos de la *Historia Natural*. Bajo este titulo fué llamado con aplauso para componer el núcleo del Instituto, y habiendo sido uno de los encargados de restablecer la Academia de Ciencias, aquella academia en que el recuerdo de las obras de fisica que habia dado á luz algunos años antes, habria sido un obstá-

culo para su ingreso. Tratábase de llamar á ella muchos de los que le habian repelido, y para cualquiera otro esta posicion habria sido delicada; pero ya lo hemos visto, él era incapaz de acordarse de un agravio, y los hombres á quienes nos referimos, no fueron aquellos cuyas solicitudes acogió con menos premura. Ha sido uno de nuestros primeros secretarios, y su hermoso elogio histórico de Dolomieu, hará sentir siempre que, por razon de elevarle á mayores dignidades, se le exonérase de un empleo que habria desempeñado mejor que otro alguno. Ya en sus primeros años habia celebrado con entusiasmo el heroismo del príncipe Leopoldo de Brunswick, que pereció tratando de salvar las desgraciadas víctimas de una grande inundacion.

Parece, sin embargo, que en medio de estas numerosas causas de celebridad, su nombre no llegó á noticia de todos los miembros de la administracion de aquella época; y aun recordamos la donosa candidez de aquel ministro del Directorio, que, volviendo de hacer su visita de oficio al Museo, y preguntándole uno si habia visto á Lacepede, contestó que no le habian enseñado mas que la girafa, y se incomodó mucho de que no le hubiesen manifestado todo. Hacemos mención de esta anécdota burlesca, porque pinta aquella época.

De todas las ocupaciones á que se vió obligado á entregarse, únicamente las ciencias, como siempre sucede, le habian sido fieles en los tiempos de desgracia, y con ellas se habia consolado en su retiro. Volviendo á las costumbres de su juventud, pasando los dias en medio de los bosques ó á orillas de las aguas, habia trazado el plan de su *Historia de los peces*, la mas importante de sus obras. Inmediatamente despues de su vuelta, se ocupó de su redaccion, y al cabo de dos años, en 1798, se halló en disposicion de

publicar el primer tomo, y sucesivamente salieron cinco, hasta 1803 en que publicó el último de ellos.

Esta numerosa clase de animales, acaso la mas útil al hombre despues de los cuadrúpedos domésticos, es la menos conocida de todas; y por lo tanto es la que menos se presta á descubrimientos interesantes; frios y mudos, pasando una gran parte de su vida en abismos inaccesibles, exentos de aquellos movimientos apasionados que tanto acercan los cuadrúpedos á nosotros, no mostrando nada de aquella ternura conyugal, de aquella solicitud paternal que se admira en las aves, ni de aquellas industrias tan variadas, tan ingeniosas, que hacen el estudio de los insectos tan importante para la filosofia general como para la historia natural, los peces casi no tienen que ofrecer á la curiosidad mas que configuraciones y colores, cuyas descripciones entran necesariamente en las mismas formas, é imprimen á las obras que tratan de ellos una monotonia inevitable. Mr. de Lacepede ha hecho grandes esfuerzos para vencer esta dificultad, y con frecuencia lo ha conseguido; todo cuanto ha podido reunir acerca de la organizacion de estos animales, sobre sus costumbres, sobre las guerras que los hombres les hacen, y el partido que sacan de ellos, lo ha espuesto con estilo elegante y puro; y hasta ha sabido amenizar sus descripciones, siempre que las bellezas que les han cabido en parte en tan alto grado permitian ofrecerlas á la admiracion de los naturalistas; y en efecto, ¿no es un grande asunto de admiracion aquellos colores brillantes, aquel brillo del oro, del acero, del rubí, de la esmeralda, prodigados con profusion á unos seres que naturalmente no debe encontrar el hombre, que apenas se ven entre sí en las sombrías profundidades en que se hallan retenidos? Pero aun hay mas, las palabras no pueden tener ni la misma variedad ni el mismo brillo; la pintura misma

seria impotente para reproducir tal magnificencia.

Con todo, las dificultades de que hablamos no son relativas mas que á la forma, y no nacen mas que del deseo tan natural en un autor que sucede á Buffon, de que le lean las personas instruidas. Hay algunas que van mas directamente al fondo del asunto, y de que los hombres de la profesion pueden únicamente formarse una idea. Antes de escribir su primer página sobre cualquiera clase de seres, el naturalista que quiere merecer este nombre, debe haber recogido cuantas especies le haya sido posible, haberlas comparado interior y exteriormente, haber formado grupos segun el conjunto de sus caracteres, haber aclarado en los artículos confusos, incompletos, amenuado contradictorios de sus predecesores, lo concerniente á cada una de ellas: haber citado las observaciones frecuentemente aun mas confusas, mas oscuras de los viajeros, la mayor parte ignorantes ó supersticiosos, y, sin embargo, los únicos testigos que han visto á estos seres en su clima natal, y que han podido hablar de sus costumbres, de las ventajas que proporcionan, de los daños que causan. Para apreciar estas relaciones es necesario que conozca todas las circunstancias en que se han hallado los autores que él consulta, su caracter moral, su grado de instruccion; debería leer en casi todos los idiomas: en una palabra, el historiador de la naturaleza no puede carecer de ninguno de los recursos de la crítica, de este arte de descubrir la verdad, tan necesario al historiador de los hombres, y debe ademas reunir una multitud de conocimientos.

Cuando Mr. de Lacepede compuso su obra sobre los peces, no se hallaba en tales circunstancias, que los recursos de que acabamos de hablar estuviesen á su disposicion. Una guerra general habia establecido una barrera casi insuperable entre la Francia y los

demas paises: esta barrera nos cerró los mares y nos separó de nuestras colonias. De este modo no recibamos libros estrangeros; los viajeros no nos traian aquellas numerosas y ricas colecciones que hemos recibido tan luego como los mares han quedado libres. Hasta el mismo Peron, que habia viajado durante la guerra, no llegó hasta despues que la obra se habia concluido. El autor no pudo, por lo tanto, tomar por asunto de sus observaciones mas que los individuos conservados en el gabinete de Historia natural antes de la guerra, y los que le ofreció el gabinete del stathouder, que habia sido conducido á Paris cuando se conquistó la Holanda. Entre los autores escogió á Gmelin y á Bloch como sus principales guias, y acaso los siguió con sobrada fidelidad, siendo tan constante en observar con los autores la misma política que con la sociedad. Los dibujos y las descripciones manuscritas de Commerson, y las pinturas hechas en otro tiempo por Aubriet, con arreglo á los dibujos de Plumier, fueron poco mas ó menos los únicos recursos inéditos de que pudo disponer, y sin embargo, con materiales tan escasos, consiguió hacer subir á mas de mil quinientos los peces, cuya historia describió; y calculando con alguna exageracion el número de los duplicados, casi inevitables en un escrito semejante, y que en efecto no siempre pudo evitar, le quedarán de mil doscientas á mil trescientas especies ciertas y distintas. Gmelin no tenia entonces mas que unas ochocientas, y Bloch en su obra grande no le escede en mas de cuatrocientas cincuenta; pues no pasan de mil cuatrocientas las que describe en su *Sistema*, que salió á luz despues de los primeros tomos de Mr. de Lacepede, y que fue redactada en circunstancias mucho mas favorables.

Estos números parecerán aun demasiado pequeños á los que sepan que en el dia el gabinete de Historia

natural posee mas de cuatro mil especies de peces; pero desde la paz marítima ha sido tal la actividad científica que todas las colecciones se han duplicado y triplicado, habiendo empezado una era enteramente nueva para la historia de la naturaleza. Esta circunstancia no rebaja en lo mas mínimo el mérito de un escritor que hizo cuanto era posible en la época en que trabajaba, como lo verificó Mr. de Lacepede. Aun en el día no existe obra alguna sobre los peces superior á la suya; siendo él á quien se cita en todos los escritos que se ocupan de esta materia. Las del naturalista inglés Jorge Shaw no son otra cosa que un extracto ordenado segun el sistema de Linneo. Aun cuando se lleguen á reunir en otra obra los inmensos materiales que se han acumulado en estos últimos años, no por eso se olvidarán los trozos de brillante colorido y llenos de sensibilidad, y de una alta filosofía con que Mr. de Lacepede ha enriquecido la suya. La ciencia, por su naturaleza, hace progresos todos los días; no hay observador que no pueda sobrepujar á sus predecesores en cuanto á los hechos, ni naturalista que no pueda perfeccionar sus métodos, pero no por eso los grandes escritores dejan de inmortalizarse.

A la *Historia natural de los peces* se siguió en 184 la de los cetáceos, que termina el gran conjunto de los animales vertebrados. Mr. de Lacepede la miraba como su obra mas acabada; y en efecto, ha incorporado mejor que en ninguna otra la parte descriptiva é histórica, la de la organizacion y los caracteres metódicos. Su estilo se ha elevado en ella en cierto modo á proporcion de la grandeza de los objetos: aumenta en ella poco mas ó menos en una tercera parte el número de las especies registradas antes que él escribiese, en el gran catálogo de los seres; pero desde entonces ha hecho tambien esta parte de la ciencia sus

progresos. La obra póstuma de Pedro Camper; y las de algunos otros naturalistas, han ilustrado mucho la parte relativa á la osteología. En cuanto á la historia de las especies, presentará siempre grandes dificultades, porque su tamaño no permite que las colecciones posean un completo surtido, ni por tanto es posible hacer una comparacion inmediata de ellas, y lo repetiremos incesantemente, sin la comparacion inmediata, no hay certidumbre en historia natural.

Acaso con la intencion de sustraer la suerte de sus trabajos á la influencia del aumento progresivo é inevitable de los conocimientos, los dirigió Mr. de Lacepede en sus últimos tiempos á objetos mas filosóficos, mas susceptibles de tomar una forma determinada, ó cuando menos á no envejecer, al paso que se enriquecen nuestras colecciones. Estaba meditando una historia de las edades de la naturaleza, en que comprendia la del hombre considerado en sus desarrollos individuales, y en los de su especie. El artículo del *Hombre* en el *Diccionario de las Ciencias naturales*, es una especie de programa, un cuadro reducido y elegante de lo que tenia meditado para esta última parte. Muchos materiales estaban reunidos, algunos capítulos bosquejados; pero en este estudio de los progresos de la humanidad en general, los de la organizacion social le prendaron singularmente. El naturalista se convirtió gradualmente en historiador, y compuso el último período de sus edades de la naturaleza, la parte que comprende los establecimientos políticos y religiosos de los siglos que han transcurrido desde la caída del imperio de Occidente. Se ha hallado completa esta historia entre sus papeles, y ya se han publicado algunos tomos.

Los lectores de esta obra han debido quedar sorprendidos de la grandeza del plan y del atrevimiento con que presenta de nuevo los acontecimientos que

han sucedido en cada época, en el vasto teatro de la Europa. Han debido descubrir tambien en ella el carácter constante del autor: el pasmo mezclado de horror, que le causan los delitos; la disposicion para creer en la pureza de las intenciones, la esperanza en fin, de ver mejorarse el estado general de la humanidad. Si esta historia no tiene el interés dramático de las que se ciñen á un pais particular, y que pueden hacer realzar de un modo mas evidente sus personajes predilectos, no es menos notable por la elegancia continuada del estilo, y por la claridad con que se desenvuelven en ella acontecimientos tan numerosos y complicados. Pero no podrá formarse de ella un juicio definitivo hasta que esté en poder del público ya completa.

Mr. de Lacepede estaba destinado á una perpetua alternativa de actividad literaria y de actividad política. Un gobierno nuevo, que necesitaba apoyo en la opinion, se apresuró á buscar á un hombre igualmente estimado y querido de los literatos, y de las gentes de mundo. Muy poco despues del 18 brumario se le volvieron á conferir los cargos de mas consideracion: senador en 1799, presidente del senado en 1801, gran canciller de la Legion de honor en 1803, ministro de Estado en el mismo año; y nada prueba mejor hasta que punto tuvo el gobierno felices inspiraciones, que el haber dicho muchos emigrados que entraron en aquella época, que al ver el nombre de Lacepede en la lista del senado, se habian tranquilizado y persuadido de que no se renovaria la época de las violencias y de los crímenes.

Con la misma persuasion aceptó él aquellos honores, y sin duda no preveia entonces ni los extraordinarios sucesos que mas tarde acontecieron, ni la parte que se vió obligado á tomar en ellos. Harto presentes están para que tengamos necesidad de recor-

darlos minuciosamente, pero tampoco creemos necesario justificarle. No es uno propio quien habla cuando lo hace á nombre de una corporacion que le dicta los sentimientos que debe espresar y los términos que debe emplear; y cuando esta corporacion tampoco es libre en la eleccion de unos y de otros ha desaparecido todo vestigio de personalidad. Pero los que en semejantes circunstancias, han tenido la suerte de conservar su oscuridad, deberian hacerse cargo que hay cierta injusticia en censurar al órgano de una sociedad las palabras y los actos que la misma le impone, y acaso tambien en pretender que una corporacion haya conservado alguna libertad al ocuparse del que no la dejaba á ningun soberano. Si ella repitiese estas palabras del Evangelio: *el que estoviese sin pecado que arroje la primera piedra* ¿cuáles serian en la Europa continental, los principes ó los hombres de poder que se atreviesen á tomar la iniciativa?

Y á pesar de todo cuanto pudiera decirse, en aquellos discursos forzosos ¡con cuánta energia aparece en cada frase el amor á la paz! la necesidad de la paz ¡y cuánto se esfuerza en dar lecciones en las mismas palabras que parecen lisonjeras! Hacíalo así porque era el único medio de que podia servirse para ser oido; pero sus lecciones fueron inútiles, porque no podian contener el curso de los destinos.

Para juzgar al hombre público en Mr. de Lacepede, es necesario verle en la administracion de la Legion de honor. Esta institucion se la habia presentado bajo el aspecto mas grande y noble, destinada (son sus mismas palabras) para establecer el culto del verdadero honor, y para hacer revivir bajo nuevos emblemas la antigua caballeridad, limpia de las manchas que la habian caido en los siglos de ignorancia, y hermoseada con todo lo que podia tener de los siglos ilustrados, y trabajaba con una constancia

infatigable por establecer sobre la base sólida de la propiedad. Los productos de sus dominios habian llegado á un muy alto grado; sabios agrónomos se ocupaban en hacer modelos de cultivo, y podian tambien ser tan útiles á la industria, como la institucion misma al desarrollo moral de la nacion, cuando el fundador, sorprendido como en todas sus creaciones, las mandó vender y reemplazar con rentas sobre el tesoro. Entonces se concibieron otros planes. Debia emplearse anualmente una crecida cantidad en hacer valer los terrenos incultos que el gobierno poseia en toda la Francia: los hombres mas distinguidos de la nacion debian dirigir su empleo. El estado podia enriquecerse de este modo, sin conquistas, con propiedades productivas iguales en estension á mas de un departamento. Los acontecimientos se opusieron á que se realizasen aquellos nuevos proyectos; pero nada impedirá el que se lleven á cabo en el dia cuando la esperiencia ha mostrado lo que pueden los anticipos que se hacen con criterio y los proyectos que se siguen con perseverancia.

Todo el mundo tiene presente la afabilidad con que Mr. de Lacedepe recibia á los legionarios; como sabia despedir contentos aun á aquellos á quienes no podia conceder lo que pedian; pero lo que acaso no es tan público, es el celo con que abrazaba sus intereses y los defendia cuando se presentaba la ocasion. No citaré mas que un ejemplo. Despues de una campaña se concedieron algunas cruces; supo el gefe que el mayor general las habia dado por favor á algunos oficiales que no llevaban el tiempo necesario de servicio, y mandó al gran canceller que las recogiese. En vano le hizo este presente el vivo dolor que iban á experimentar unos hombres que habian sido recibidos como legionarios. Nada podia conmovér al gefe irritado. ¡Pues bien! dijo Mr. de Lacedepe, yo

os pido para ellos lo que desearia conseguir si me hallase en su lugar, y es el enviar tambien la orden para que sean fusilados.» Se les dejaron las cruces.

Lo que miraba con mayor interés, eran los establecimientos de educacion destinados para las huérfanas de la Legion. Habia concebido tambien el plan de estos asilos de la desgracia con grandeza y generosidad: se fundaron ó proyectaron 4,400 plazas; se habilitaron y hermosearon grandes edificios. Ecouen, que es una de las mas suntuosas reliquias del sig'o XVI, se libertó de la destruccion por este medio, y se reunieron mas de 300 alumnas. En San Dionisio hubo mas de 500. Fueron igualmente celebradas las disposiciones materiales, la sabiduria de los reglamentos, la atinada eleccion de las señoras encargadas de la direccion y enseñanza. Su afabilidad, el prolijo cuidado que empleaba en el bienestar de todas aquellas jóvenes, hacian que le quisieran como a un padre; y muchas de ellas, establecidas ya, y madres de familia, le han dado hasta sus últimos momentos pruebas de la mas profunda veneracion. Se dice que una de estas ya cercana á su postrer suspiro, le pidió como último favor el verle por algunos instantes, á fin de hacerle presente su gratitud.

Mr. de Lacedepe despachaba tan multiplicados negocios con una facilidad que llamaba la atencion de las personas mas hábiles. Con una ó dos horas diarias tenia lo bastante para despacharlo todo y quedar á la vez perfectamente enterado. Esta prontitud sorprendia al gefe del gobierno, que tenia bastante reputacion por la facilidad con que despachaba los negocios del estado; así es que un dia le pidió que le manifestase su secreto, y Mr. de Lacedepe le respondió riéndose: «Yo empleo el método de los naturalistas;» palabra que bajo la apariencia de un chiste, comprende una sentencia mas exacta de lo que pare-

ce: cuando los materiales están bien clasificados se les puede profundizar mas fácilmente; y el método de los naturalistas no es mas que la costumbre de distribuir, desde la primer mirada, todas las partes de un negocio, hasta sus mas pequeños detalles, segun sus relaciones esenciales.

Una cosa que aun debía llamar mas la atención de un gefe que no estaba acostumbrado á verla, era el singular desinterés de Mr. de Lacepede. Al principio no quiso aceptar sueldo alguno; pero como su beneficencia era igual á su desinterés, muy pronto vió agobiado su patrimonio con un cúmulo de deudas que habria sido superior á sus facultades, y entonces fué cuando el gefe del gobierno le obligó á que aceptase un sueldo y aun los atrasos. La única ventaja que logró con esto fué el poder dar mas estension á sus larguezas. Se conceptuaba responsable al público de lo que recibia de él, y en semejantes cuentas siempre era él quien salia perdiendo. Todos los dias tenia ocasión de ver á legionarios pobres, y á viudas que habian quedado sin recursos para vivir. Su ingeniosa caridad les salia al encuentro, adivinaba su estrechez antes de que le pidieran, y con frecuencia les hacia creer que sus beneficios procedian de los fondos públicos destinados al intento. Cuando este engaño no era fácil de sostener, encontraba medios para ocultar cuál era la mano generosa á que debian los beneficios. Un funcionario público de superior gerarquía, colocado por recomendacion suya, se vió arruinado por efecto de aventuradas especulaciones, y obligado á abandonar á su familia, Mr. de Lacepede hizo entregar mensualmente á su muger 500 francos (cerca de 2,000 reales vn.), hasta que su hijo llegó á edad competente para obtener un empleo, y esta señora ha vivido siempre en la inteligencia de que recibia el tal dinero de su marido. Este secreto solo se descubrió por el

sugeto de su confianza al que habia encargado de esta buena obra.

Uno de sus dependientes se iba consumiendo visiblemente; y como sospechase que el mal provenia de algun pesar secreto, encargo al médico que le asistia procurase descubrir la causa del mal: supó que aquel jóven se hallaba exausto de recursos, y al momento le envió 10,000 francos (cerca de 40,000 reales vn.) El empleado se dirigió á él con las lágrimas en los ojos, y le suplicó le fijase los plazos en que habia de realizar el pago. *Amigo mio, yo no presto jamás.* Esta fué su única respuesta.

No tengo para qué decir que con semejantes sentimientos no era accesible á nada que se apartase de sus obligaciones. El gefe del gobierno le encargó en París de una negociacion importante, en que el celebrísimo favorito de un rey vecino se interesaba en gran manera. Es e hombre, para probarle en cierto modo, le envió de regalo ricas producciones minerales, y entre otras una pepita de oro, recién llegada del Perú y de la mayor belleza. Mr. de Lacepede le dió inmediatamente las gracias, pero en nombre del Museo de Historia Natural, adonde creia que se dirigian aquellos testimonios de la generosidad del donatario. No se volvió á hacer otra tentativa.

Lo que conciliaba este desinterés con su gran liberalidad, es que no tenia ninguna necesidad personal. No hacia mas gastos que los que exigia la representacion de sus empleos. Nunca tenia mas que un vestido, y siempre se cortaba de la misma pieza de paño mientras esta duraba. Se ponía este vestido cuando se levantaba, jamás se le vió otro diferente, y hasta en su última enfermedad no se puso diverso trage. Su mesa no era menos frugal que modesto su vestir. Desde la edad de diez y siete años no habia vuelto á probar el vino; una sola comida, y esta bas-

tante ligera , le bastaba ; pero lo que era aun mas sorprendente , era su poco sueño : no dormia mas que dos ó tres horas , y el resto de la noche lo empleaba en trabajar . Su memoria retenia con toda exactitud todas las frases y palabras ; estaban como escritas en su cerebro , y por la mañana las dictaba á su secretario . Nos aseguró que de este modo podia conservar volúmenes enteros , mudar en su cabeza lo que le parecia oportuno , y acordarse del texto corregido de este modo , con la misma exactitud que del texto primitivo . Asi es como de dia estaba libre para los negocios y para el cumplimiento de las obligaciones de sus empleos ó de la sociedad , y particularmente para entregarse á sus inclinaciones de familia , porque una vida exterior tan brillante no era nada para él en comparacion de la felicidad doméstica ; en su interior era donde buscaba la indemnizacion de todas sus fatigas , pero tambien alli fué donde encontró las penas mas crueles . Su muger , á quien adoraba , pasó los últimos diez y ocho meses de su vida en un dolor continuado ; no se separó de la cabecera de su cama , asistiéndola y cuidándola hasta el último momento : á su lado escribió una parte de su *Historia de los peces* , y su dolor se exhala en muchos parages en los términos mas patéticos . Un hijo que ella tenia de un primer matrimonio , y que Mr. de Lacepede habia adoptado , una nuera llena de talento y de gracias , formaban todavia para él una sociedad agradable ; y esta señora jóven murió repentinamente . En medio de estos nuevos disgustos Mr. Lacepede se vió atacado de viruelas , y de que por una larga esperiencia se creia exento . En esta última enfermedad , casi la única que tuvo en sus setenta años , mostró mas bien que nunca cuan esencialmente dependian de su naturaleza aquella apacibilidad , aquella cortesania inalterable que le caracterizaban . Nada alteró en sus

hábitos : ni sus vestidos , ni su hora de recogerse ó levantarse ; no se le escapó ni una sola palabra que pudiese hacer sospechar á los que le asistian , un peligro que él , sin embargo conoció desde el primer momento . «Voy á reunirme con Buffon,» dijo él , pero solamente á su médico . En sus funerales sobre todo , en aquella concurrencia de desgraciados que acudian á llorar sobre su tumba , es donde pudo saberse hasta qué punto llevó su beneficencia ; aun mejor , podrá calcularse cuando se sepa que despues de haber ocupado tan inminentes empleos , despues de haber gozado durante diez años del favor del árbitro de la Europa , no ha dejado ni con mucho una fortuna ó hacienda tan considerable como la que habia heredado de sus mayores .

Mr. de Lacepede murió el 6 de octubre de 1825 . Fué reemplazado en la Academia de Ciencias por Mr. de Blainville , y su cátedra del Museo fué desempeñada por Mr. Dumeril , que la servia hacia mas de veinte años .